

La ética del cuidado

Victoria Molina / Psicoterapeuta

Entendemos la **ética** como un “conjunto de normas morales que rigen la conducta de la persona en cualquier ámbito de la vida”. Y moral es la “doctrina del obrar humano que pretende regular el comportamiento individual y colectivo en relación con el bien, el mal y los deberes que implican”.

Estas definiciones del diccionario de la Real Academia Española son, poco más o menos, las ideas que tenemos la mayoría de las personas. Es una visión que **asocia la ética con el “deber”**; debemos comportarnos de una determinada manera porque así lo establece Dios, los padres, la Iglesia, las normas y las leyes. Con esta concepción, se considera a la ética como **algo externo** a lo que la persona debe sujetarse. Esta situación puede provocar una crisis ética en nuestros días, ya que las instancias que antes funcionaban como fuente de las normas de conducta, nos aparecen cuestionadas en su autoridad. La cultura contemporánea, además, valora mucho la autodeterminación del sujeto; por eso parece importante redescubrir **otra fundamentación** de la ética.

Las culturas van evolucionando y, en algunas se empieza a tener otra base de la ética, **fundamentada en los valores y convicciones** de la persona: hacer que las personas “quieran” -por convencimiento propio- comportarse bien. Lo que mueve y motiva a la persona es un conjunto de **valores, actitudes y principios** que, consecuentemente, se ven reflejados en normas. Lo prioritario no son las leyes, sino los valores y principios que subyacen a las mismas. Se trata de una **ética del “querer” seguir los valores**, más que el “deber” obedecer a normas. De esta manera se rescata la integralidad de la persona, en su dimensión cognitiva (uno descubre el bien en sí mismo), afectiva (el bien atrae, es satisfactorio) y espiritual (la persona sigue los valores que ha hecho propios). El esfuerzo para hacer el bien es motivado no sólo por un deber extrínseco, sino por lo atractivo y benéfico para la persona que ha identificado el bien y “quiere” realizarlo. Como si tuviéramos una brújula interior que nos avisa que hemos perdido el rumbo cuando estamos haciendo algo que en el fondo sabemos que está mal.

Aunque estamos inmersos en una cultura, tenemos una psique cuya respuesta a **la traición** a lo que está bien, ha sido ira, culpa, resentimiento, aislamiento, etc.; y también esa sensación de “volverse loco”, una confusión interna inexplicable porque ha ocurrido algo que, psicológicamente, carece de sentido. La traición a lo que está bien puede llegar a silenciar una voz honesta, la voz de la integridad.

Este enfoque de **una vida buena** para el ser humano es una elección ética y no se puede coaccionar. Se trata de una ética **“de” la persona y “para” el desarrollo** de la misma. Esta visión ética crea a **personas “virtuosas”** que van a ejercer una influencia en su entorno que, posteriormente, se verá reflejada en la sociedad.

En las últimas décadas ha ido creciendo la importancia, en las reflexiones filosóficas y sociales, de lo que, con una expresión única, se puede definir como **“ética del cuidado”**. Una perspectiva interesante y estimulante: se trata de crecer -como personas y como sociedad- en la capacidad de cuidar.

Cuidar significa “poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo; asistir, guardar, conservar”. “Ocuparse de una persona, animal o cosa que requiere de algún tipo de atención o asistencia, estando pendiente de sus necesidades y proporcionándole lo necesario para que esté bien o esté en buen estado”. “Procurar la vigilancia o las atenciones necesarias para evitar algún mal o peligro”.

Algunos **ejemplos**: cuidar las relaciones familiares, la convivencia con los vecinos, las relaciones de trabajo; cuidar de las personas débiles o desamparadas (niños, ancianos, enfermos, con diferentes capacidades, migrantes, víctimas de violencia, etc.); cuidar de los recursos naturales, los animales, las plantas y el medio ambiente; cuidado de todas las dimensiones del ser humano (física, cognitiva, emocional, relacional y espiritual); cuidados de las ciudades y de la cultura, del legado de nuestros antepasados, de la educación de las nuevas generaciones, etc.

Una de las pioneras en hacer explícito el planteamiento ético del cuidado es **Carol Gilligan**. Para ella, cuidar es una idea moral porque es promover el crecimiento facilitando el bienestar, la dignidad, el respeto y la preservación y extensión de todas las potencialidades humanas. La solidaridad, la confianza, la proximidad, el trabajo colaborativo, la importancia de los resultados, la búsqueda de soluciones concretas para situaciones concretas, se enuncian como claves del cuidado y por ello de la respuesta moral.

Las aportaciones de Joan Tronto son esenciales; ella sitúa **el cuidado en el centro de la esfera política como compromiso social**, fortaleciendo el sistema de democracia participativa, replanteando las responsabilidades de cada persona hacia los demás, hacia sí misma y hacia la naturaleza, no como deberes u obligaciones sino como interdependencia y solidaridad, dado que todas las personas a lo largo de su vida dan y reciben cuidados, en función de su situación.

Podemos hablar de otras importantes colaboraciones, pero nos quedamos con algunas ideas centrales, como la de Marian Barnes, para quien el cuidado se expande más allá de una relación entre dos personas y se propone un nuevo enfoque de **redes de cuidados**, en las que todos los actores son clave para su logro.

Fisher y Tronto definen el cuidado como una especie de actividad genérica que incluye **todo lo que podemos hacer para mantener, perpetuar y reparar nuestro mundo** de forma tal, que podamos vivir en él lo mejor posible.

Tronto distingue en el cuidado como proceso de **cuatro fases** analíticamente separadas, pero interconectadas entre sí.

Reconocimiento de una necesidad (*caring about*). Cuidar supone en primer lugar el reconocimiento de la existencia de una necesidad, y la toma de conciencia de la importancia que esta necesidad sea satisfecha. En este sentido, poner atención o preocuparse viene definido tanto individual como culturalmente. La **atención** sería la cualidad moral necesaria para cubrir este punto.

Responsabilización (*taking care of*). El siguiente paso en el proceso de cuidado es asumir una responsabilidad para la satisfacción de la necesidad reconocida y decidir cómo dar respuesta a ello. Más allá de prestar atención a la necesidad de otra persona, responsabilizarse de ésta implica el reconocimiento de la posibilidad de satisfacerla. La cualidad moral aquí sería la **responsabilidad**.

Prestación de los trabajos de cuidado (*care-giving*). Cuidar implica la satisfacción directa de las necesidades de cuidado y supone ejercer un trabajo físico, que casi siempre requiere que el cuidador

entre en contacto con los objetos a los que se dirige el cuidado. Los trabajos de cuidado suponen la posesión de unas determinadas competencias por parte de quien los ejerce. Al trabajo real le correspondería la noción moral de la *competencia*.

Recepción de los trabajos de cuidado (*care-receiving*). La última fase reconoce que el objeto del cuidado responde de alguna manera a las atenciones que se le dispensan. La inclusión de esta capacidad de respuesta como uno de los elementos del proceso de cuidado, constituye la única forma de saber si en realidad las necesidades han sido satisfechas correctamente. No solamente pueden ser erróneas sus percepciones, sino que los cuidadores las pueden satisfacer de una forma inadecuada o que entre en contradicción con las verdaderas necesidades. La cualidad moral necesaria es la *capacidad de respuesta*.

Posteriormente incluye una quinta fase: **Cuidar con** (*caring with*). Si las primeras cuatro fases del cuidado suponen a una persona como alguien que es *atenta, responsable, competente y sensible*, “cuidar con” se refiere a toda **la esfera de los ciudadanos implicados** en una vida de compromiso y que se benefician de estas prácticas. Las personas pueden confiar en que, con el tiempo, podrán retribuir el cuidado que recibieron de sus conciudadanos, de manera que corresponda al cuidado que han recibido. En este patrón de atención continua, podemos esperar profundizar en la confianza mutua y en nuestras instituciones sociales y políticas, y sentir solidaridad con los demás, viéndolos como iguales al dar y recibir cuidado. Evidentemente, las cualidades morales de esta fase son la *confianza* y la *solidaridad*.

Como se puede apreciar, esta autora presenta el cuidado como marco de referencia para una **transformación social**. Esta idea, de irse interiorizando en la conciencia de todos los seres humanos, puede llegar a convertirse en el gran cambio que necesita la humanidad.

Frente a la actitud de **indiferencia generalizada** (que abunda en nuestros días) y especialmente ante el sufrimiento de los demás, la ética del cuidado ofrece una respuesta que permite vislumbrar un futuro mejor. Esto **postula una educación** que ponga en primer lugar la atención y respeto a los demás y a la naturaleza.

En el aprendizaje ético se entrelazan tres aspectos que se retroalimentan: la *sensibilidad ética*, lo que mueve y conmueve a la persona y que da origen a su preocupación por algo o alguien; la *razón ética*, los argumentos para decidir qué hacer, sustentados en conocimientos, lo que da lugar a las normas, códigos, criterios de conducta, etc.; la *acción ética*, que es la conducta concreta que la persona lleva a cabo de acuerdo a la sensibilidad y la razón. Aquí, la persona se enfrenta a la cuestión *¿qué puedo hacer yo en esta situación? ¿qué soy capaz de llevar a cabo?* Y lo relevante es que, desde una misma sensibilidad y ante unos mismos argumentos, las personas, en función de su experiencia, adoptan diferentes maneras de actuar.

Para concluir, podemos decir que la ética del cuidado corresponde a las **exigencias más profundas de todo ser humano**, llamado a existir desde los demás y para los demás, por tanto, capaz de acoger al otro en cuanto ser valioso y digno en sí mismo. La responsabilidad y la solidaridad han de ser un deber ético para el conjunto de la sociedad.